

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoewel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata), P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

- 5 **Recibir al extranjero**
- María Luisa Malbrán de Gowland* 7 **El Buen Samaritano o el extranjero que sabe hacerse prójimo**
- Fernando J. Devoto* 21 **Inmigración europea e identidad nacional en las imágenes de las elites argentinas**
- Roberto Benencia* 36 **Argentina: la problemática social de la migración de limítrofes**
- Alfredo Telxeira* 49 **El extranjero, un signo de los tiempos
Perspectivas sobre la realidad europea**
- Víctor Fernández* 59 **La mística de estar atento al otro**
- Carlos Hoewel* 75 **Sobre la experiencia "del otro"
y el teatro**

El Buen Samaritano o el extranjero que sabe hacerse prójimo

*por María Luisa Malbrán de Gowland**

I) INTRODUCCION

Nuestra relación con "el otro" manifiesta una intrínseca tensión entre el extrañamiento, donde se juega mi identidad y diferencia, y la proximidad e inherencia, en la que me sorprende en el otro en una relación de amor.

La solidaridad media esta tensión rescatando al otro de su total otredad y creando, a su vez, una determinada distancia en la intimidad personal.

La palabra solidaridad se halla cargada de significación, pero quizás este contenido semántico se encuentre desgastado por el uso abusivo que se hace de la misma. Es conveniente, entonces, una reflexión que se abriría con la pregunta : quién es mi prójimo... pregunta que da lugar a la respuesta de Jesús a través de la parábola del Buen Samaritano.

Allí se encuentra una encrucijada que divide dos modos de caminar y de ser. La opción del buen samaritano, que sabe hacerse prójimo, se destaca como una acción propiamente evangélica. La parábola culmina en un mandato que hace de la misma un paradigma universal de la acción. Recordaré, entonces, estas tres instancias encerradas en el texto: acción, evangélica y universal, a fin de iluminar el modo de nuestra relación con el otro, capaz de convertir al extranjero en prójimo.

La tensión entre la realidad personal y la institucional se resuelve por la mediación de la comunidad. A su vez la comunión, alma de la comunidad, se hace posible por el encuentro personal con Dios a través de la oración, donde la relación con los hermanos se ilumina en su realidad cristológica y el Buen Samaritano aparece como la parábola del mismo Cristo.

"Un legista le preguntó:

"Y ¿quién es mi prójimo? Jesús respondió: "Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de salteadores, que, después de despojarle y golpearle, se fueron

* Profesora de filosofía.

dejándole medio muerto. Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verle, dio un rodeo. De igual modo, un levita que pasaba por allí le vió y dió un rodeo. Pero un samaritano que iba de camino al verle tuvo compasión; y acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; y montándole sobre su propia cabalgadura, le llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo: "Cuida de él y si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva. ¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?" Él dijo: "El que tuvo misericordia de él". Díjole Jesús: "Vete y haz tú lo mismo".

II) ACCIÓN EVANGÉLICA:

1. Dos modos de ponerse en camino:

Detengámonos en la parábola y veamos allí las dos formas de ponerse en camino.

El relato evangélico se abre con la pregunta del legista: "¿Quién es mi prójimo? Y el Señor le responde a través de una parábola que finaliza en otra pregunta que da vuelta la primera: ¿quién fue prójimo, quién se hizo prójimo?, refiriéndose no a algo estático, sino a una acción a través de la cual el samaritano se hizo prójimo.

Así la parábola nos reenvía a reflexionar sobre estos tres personajes presentes; tres encuentros y uno solo que se hace prójimo. Es decir, uno solo convirtió **lo diferente en semejante, lo extraño en familiar, lo lejano en cercano**. La parábola narra cómo alguien convirtió en prójimo a un desconocido a través de una acción.

Y esta acción sucede a su vez dentro de otra acción, que la engloba y la precede y que es el hecho de "estar en camino", hecho que permite la posibilidad del encuentro y de las respuestas posibles al mismo.

Tanto el sacerdote, como el levita, el herido y el samaritano estaban en camino, "iban de viaje". La parábola utiliza los verbos: "bajaban", "pasaba" y del samaritano dice: "iba en camino".

Entre nosotros el "ir de viaje" es también hacer experiencia. En esta palabra, "ex-per-iencia" hay dos verticales que nuclea esta significación: una está dada por el "ex" que significa salir, procedencia, que incluiría él hacia, la meta final en sentido de un objetivo; y otra significación estaría dada por el "per" en un sentido más de "travesía".

Así, y sin querer forzar la significación, ni polarizar excesivamente los significados, he visto en el primer modo de hacer el camino, el dado por el prefijo "ex", el modo del hombre que representa a la institución, y el segundo sentido, dado por el "per", un modo libre, abierto al acontecimiento del encuentro interpersonal que da origen a la comunidad. Veamos las diferencias entre ambos modos de caminar y su relación.

2. Institución y encuentro personal:

En la parábola los dos primeros personajes, el sacerdote y el levita, están definidos por su categoría social, pertenecen a una institución, son representantes de la institución eclesiástica.

En efecto, ellos van de viaje, salen, pues debían ir a cumplir con la función sacerdotal y esta meta les impide detenerse y tocar al moribundo que está a la vera del camino. Quizás incluso tenían prohibido tocarlo, pues esto los obligaba a pasar por los ritos de purificación.

La función del sacerdote y del levita, las normas de los ritos de purificación rigen la acción. Ya no decide el corazón sino que éste se estructura según la ley; la relación con el otro se mediatiza por la función y ésta les impide hacerse prójimos. Lo ven pero dan un rodeo. El rodeo indica la distancia propia de la relación mediatizada por el rol social que no deja de representar jerarquía y lugares de poder. Tanto el levita como el sacerdote se comportan como funcionarios y este rol los ocupa de tal manera que los deja **indisponibles** para la sorpresa de un encuentro.

Posiblemente la pregunta del fariseo tenía implícito este sentido ¿quién es aquél que está enfrente de mí, en mi camino, y debo considerar como prójimo?

Aquí tenemos un camino diseñado por un objetivo, un caminar reglado por una norma abstracta, y una relación con el otro propia del funcionario. Es un camino sin fisuras, como un cinturón de acero que divide lo que está dentro de él de lo que está fuera y queda afuera.

El levita y el sacerdote actúan desde un “yo asegurado y justificado”, como el fariseo de aquella otra parábola que quiere ocupar los primeros lugares. Esta importancia que pretende le viene de una cierta justificación a partir de la función y la norma que los reviste de méritos y santidad, quedando por dentro como “sepulcros blanqueados”. Este “yo eficiente” que actúa en el mundo, los hace ser más personaje que persona.

A la exterioridad del camino, a la objetividad de la meta, a la abstracción de la norma, al lugar jerárquico que los enviste de poder, el Señor opone el modo de caminar del samaritano.

El samaritano va “liviano de equipaje”, va ocupado pero no preocupado. No representa a nadie y él mismo es un extranjero, un despreciado por el pueblo judío. Quizás va mirando a su alrededor, pues su existencia no está asegurada por la estructura social y una función o representación dentro de ella; él atraviesa el camino y es atravesado por lo que sucede en y a la vera del camino. En esta travesía sabe que pueden aparecer peligros que debe conjurar para conquistar este camino. **Atravesar y ser atravesado por los acontecimientos, responder a ellos en el modo del encuentro, es hacer del camino una travesía.**

Esta no pertenencia a un orden social del samaritano nos indica una

cierta pobreza al tiempo que una cierta libertad. Esta libertad quizás sea la que posibilita la sorpresa de un "encuentro" con aquello "diferente", que está fuera del camino, fuera de la intencionalidad de un "yo eficiente", que se erige como centro del mundo. Es la libertad para inventar un comportamiento imprevisto, y la conducta que inventa es la relación "de hombre a hombre", con todo lo que tiene esto de inquietante.

El samaritano no es un personaje, un funcionario; es una persona y esto se define fundamentalmente **por su capacidad de encuentro**.

El acontecimiento, como lo imprevisto, es lo que sorprende, **saca de sí al sujeto** y lo vuelve disponible para el encuentro y la presencia.¹

Pero este encuentro, este hacerse presente en el otro en cuanto otro, es una **acción interior** que en la parábola aparece con la palabra "compasión". El samaritano lo ve al moribundo y no pega un rodeo, sino que se conmueve. La compasión es un gesto que innova una mutualidad, una reciprocidad que instauro la fraternidad.

En la parábola dice que "se conmovió", se movió interiormente su corazón, se estremecieron sus entrañas, y el otro se hizo presente en él: "lo subió en su propia cabalgadura", en la cabalgadura de su corazón.

En este movimiento interior, se quiebra "un yo eficiente"-autónomo y autosuficiente- y se liberan otras posibilidades, un nuevo conocimiento del "sí mismo" al reconocer en el otro, como en un espejo, algo propio, como "si él mismo fuera el otro".

Allí, en la realidad del encuentro como en un espejo, veo el peligro del camino, la pobreza y precariedad de la existencia y me reconozco en la mera condición de ser hombre, en la contingencia de mi ser creatura. Aquí caen como velos las presunciones de mi realidad apoyadas en el tener y en el representar, para comulgar con el otro en su pobreza y humillación como las posibilidades más reales y propias.

Sí, el pobre, al borde del camino, espeja lo más propio y oculto de todos nosotros; nos descubre aquello que está encubierto por los ropajes de nuestra profesión, de nuestra cultura, del conocimiento que nos da seguridad, de las ideologías que hacen de nuestra pobreza una causa. El pobre confiesa abiertamente todo lo que no queremos ver de nosotros, lo que nos causa dolor. Por eso muchas veces pegamos un rodeo, o nos alejamos como lo hicieron los discípulos, cuando se alejaron de la cruz de Jesús en la que estaban expuestos, confesados, todos nuestros pecados, como al desnudo en la desnudez de Jesús. Allí en la zanja, también está el pobre que habita en nosotros y no puede caminar, por el amor herido de abandonos, de palabras que nos despojaron de nuestra dignidad, de violencias y agresividades que nos paralizaron al borde del camino. El pobre confiesa nuestra impotencia y

(1) Paul Ricoeur, "El Socio y el Prójimo", Política, Sociedad e Historicidad ed. Docencia, p.34

nuestra necesidad del otro, nuestra súplica silenciosa de que alguien se acerque, de que se haga prójimo y nos cure. Confiesa nuestra íntima necesidad de ser amados. El pobre abre también la posibilidad de abrazar nuestra propia pobreza abrazando la suya, con el amor de misericordia; y así nos da la posibilidad de experimentar ese amor tan propio y magnánimo de Dios que nos hace semejantes a El.

Ahora la solidaridad ha iniciado un camino interior; es el que el otro hace en nosotros a través de esta conmoción que une mi realidad con la de él; camino que al desinstalarme, re-envía, como a un origen, hacia una verdad más honda que reconfigura mi ser desde la verdad de su labilidad. La solidaridad en este punto implica esta semejanza, este "ser pobre con el pobre", este salir del camino para juntos comenzar nuevamente. Ahora sabemos que el peligro, que amenaza la existencia, es la travesía misma, como lucha y conquista, y que guarda la posibilidad de conjurar ese peligro por el amor que cura, con la suavidad del aceite, las heridas del corazón y las vivifica con el vino del amor misericordioso. La solidaridad en este sentido descarta el dar desde una posición de superioridad, o de poder o de prestigio, ya que se cuidaría bien de no humillar al desvalido.

Esta maravilla del encuentro interpersonal, donde el uno es para el otro camino hacia su propia verdad, tiene como fin no una meta objetiva, sino el rostro del otro que es un fin en sí mismo, que llama e invita a acercarse, a hacerse prójimo. La norma ya no es abstracta, sino que es la concreta e íntima moción del corazón, que es una con-moción.

Aquí la acción como respuesta está puesta sobre la comunión, que liberada de cargas o de ministerios sólo se apoya en la fuerza personalizadora del amor capaz de elevar al otro a su propia dignidad y ponerlo en camino hacia sí mismo, hacia el Padre.

Esta vuelta al origen, esta re-configuración de nuestra existencia es la evangelización mutua surgida del encuentro. El **abajamiento** hasta la propia pobreza del samaritano, indicada por la compasión, y la **elevación** del pobre hacia su dignidad de hijo de Dios **es el movimiento pascual** que recorre el evangelio, el movimiento evangelizador por antonomasia, dialéctica del amor que Jesús vino a enseñar.

El rodeo, que evita el encuentro interpersonal con el pobre evita el ser evangelizado, evita el camino, la verdad y la vida; evita la raigal verdad de nuestra precariedad, de nuestro amor herido y de la necesidad de ser amados; obtura el camino hacia nosotros mismos y la apertura a ese amor que nos da vida nueva. Es decir, evita a Cristo.

Por el contrario **la acción evangélica es una acción que requiere ser evangelizado primero para poder evangelizar; para poder convertir "lo diferente" en semejante, "lo extranjero" en familiar, "lo lejano" en cercano, en prójimo.**

3. Nuestra situación hoy:

Ahora ¿Cuál es nuestra situación hoy?

Creo que si miramos el camino de nuestra existencia y el modo de “ponerse en camino”, descubrimos que la oposición de ambos modos de vivir la relación con el prójimo se da también en nuestros días.

Nos movemos dentro de estructuras cada vez más rígidas que fijan nuestra identidad por la función laboral, o política o el poder económico que representamos dentro del espectro social. Las reglas de juego se comportan como reglas éticas abstractas y la eficiencia apela, como mecanismo de acción, a la agresividad y a la competencia, en función de un poder que resulta ser el motivo más profundo y el sentido de la acción. Pertenece a un mundo de socios, a un mundo caracterizado por la mediación social. Urge entonces la pregunta:

¿Quién es mi prójimo?

Pero a esta pregunta sucede un cuestionamiento de la misma: ¿no suena esto del prójimo como algo antiguo, un sueño irrealizable, una utopía dentro de un sistema organizado y dentro de una aceleración del tiempo que no deja lugar para el encuentro interpersonal? ¿No invade esta situación nuestros propios hogares, muchas de nuestras instituciones que tienen como fin nada menos que la caridad? ¿Está exenta nuestra Iglesia de esta estructura que le quita disponibilidad para que el Espíritu sople y la lleve por donde Él quiere?

¿Cuáles son nuestros rodeos?

Quizás sea un activismo que impide oír, una preocupación permanente que impide ver, una búsqueda solapada de poder, que impide servir.

Así nuestras instituciones tienen fisuras que quizás no queremos ver; y, mal que nos pese, es a través de ellas por las cuales se filtra el lenguaje de Dios. Las fisuras hablan siempre de nuestra pobreza y en ella se hace oír el Señor. A través de ellas podemos ver lo que está al borde del camino, fuera de lo tenido en cuenta por el orden institucional y social; a aquél que no es objeto ni sujeto de derecho. Es el marginado, el que por estar fuera del orden, nos interpela y nos marca un límite que reclama ser transgredido para un nuevo diseño. El que está a la vera del camino es la permanente confrontación del orden institucional con lo que es residual con respecto a él; la crítica permanente que desinstala e invita a mirar el rostro único, personal, que no es una causa objetiva, ni una norma abstracta, sino el llamado en ese momento de un alguien que necesita de mí para vivir, para caminar, para llegar a ser lo que tiene que ser.

Cierto es que tanto los encuentros interpersonales como las instituciones están asentados sobre pasiones que perturban su mejor intención. Las relaciones interpersonales no suelen ser puras de intenciones, de carencias afectivas, de transferencias, de frustraciones o de intereses egoístas.

Las instituciones se asientan también sobre pasiones humanas. En la tendencia a la objetividad, a la abstracción, que son rodeos propios del poder que tiende al control en la organización y jerarquización se pierde el rostro que interpela y la persona se vuelve abstracta; el compromiso se vuelve un acto de voluntad y de desafío personal.

Así la pregunta por el prójimo nos invita a situar exactamente el mal de las pasiones y exige una ascesis, una purificación permanente.

Un encuentro interpersonal sin la seguridad y el orden que le presta la institución no puede permanecer en el tiempo y, quizás, ni siquiera podría darse en la preocupación por la supervivencia que esto traería; y la institución, sin el encuentro interpersonal en la comunión misericordiosa, se vaciaría de vida y quedaría como la corteza de un árbol seco.

Por cierto siempre habrá una tensión entre ambas; pero, sin embargo, están llamadas a complementarse.

En esta complementariedad insiste el magisterio de la Iglesia, poniendo a la misericordia como el centro cristológico de la acción personal y social. Pero, en esta complementariedad, nos advierte sobre el peligro de que lo institucional, lo social, obture el acceso a lo personal y oculte el misterio de las relaciones interhumanas, disimulando el movimiento de la caridad detrás del cual se yergue el Hijo del Hombre.

P.VI nos dirá que la justicia social es aquella forma de justicia que tiene como principio y meta hacer real "la aspiración a la igualdad" y a la participación, expresiones de la dignidad y libertad del hombre" (Octogésima Adveniens, 22).

La igualdad exige su realización externa a través de la justicia social, que, podríamos decir, en tiempos antiguos se reducía al "justo salario" y hoy abarca, además, el derecho de propiedad para todos, la humanización de los lugares de trabajo, la participación activa en la empresa, la posibilidad de tener voz en el plano político y económico, la mutua apertura hacia el Bien Común posibilitándose los medios y reconociendo los derechos (C.E.A. Iglesia y comunidad nacional 144)

La justicia, gracias al amor, se va volviendo más justa. El amor en su especial visión y conocimiento, va adentrándose más en la común dignidad y crea la posibilidad de un Bien Común consistente en esta realización, cada vez más fraterna, de este llamado a la dignidad de hijos de Dios "que exige no instrumentalizar a unos en favor de otros y a estar dispuestos a sacrificar aún bienes particulares" (Doc. De Puebla, 327).

La misma parábola de Jesús, pese a la extrema polarización entre institución y encuentro interpersonal del comienzo, termina, sin embargo, haciendo del orden social, de la justicia social, el posibilitante de la curación del moribundo y de la permanencia en el tiempo del vínculo de amor. En efecto, el posadero se hace cargo del enfermo, lo toma como un encargo y en

esto queda unido al amor del samaritano. Juntos viven la misión de sacarlo de la zanja, de curarlo, en el amor concreto y práctico del velar y cuidar para ponerlo en camino de sí mismo, de su valor y dignidad, ahora conferida por el hecho de ser amado y reconocido en su ser amable. Por otro lado, el samaritano le retribuye, le paga su servicio con lo justo: "si gastas más te lo pagaré cuando vuelva".

Aquí la solidaridad cobra las dos facetas: la del amor y la de la justicia; aquí el ser socio está al servicio de esta relación primera del ser prójimo; es decir el orden social se pone al servicio de esta relación de amor. Ambas resultan ser dos dimensiones de la caridad, dos caras que, pese a la tensión, deben convivir.

En la misma etimología de la palabra se ve la íntima unión entre justicia social y solidaridad, pues solidario viene de "sueldo justo". El samaritano paga al posadero lo justo, reiterándole que si gasta algo más se lo pagará cuando vuelva.

Al igual que el samaritano tenemos que proclamar con nuestras propias vidas que: "No existe distancia entre el amor del prójimo y la voluntad de justicia. Al oponerlos se desnaturaliza el amor y la justicia a la vez. Además el sentido de misericordia completa el de justicia impidiéndole que se encierre en el círculo de la venganza". (Congregación para la doctrina de la fe)⁴

4. La Comunidad: lugar de mediación:

Así es posible que el que estaba en la intemperie ingrese a un hogar donde alguien vela y cuida de él; ha pasado del hogar del miedo al hogar del amor. Esta posada como hogar se vuelve elocuente frente a la situación en nuestro tiempo.

Creo que esta necesidad de hogar representa en nuestro tiempo, y frente al tercer milenio, el clamor de tantos que, en las grandes ciudades, dentro de instituciones altamente organizadas, padecen de soledad. Nowen en uno de sus últimos libros nos dice:

"Probablemente no hay palabra alguna que resuma mejor el sufrimiento de nuestro tiempo que el concepto 'sin hogar'. Revela una de nuestras condiciones más penosas y profundas, la de no tener sentido de pertenencia, un sitio donde sentirnos seguros cuidados, protegidos y amados." (p.26)⁵

La solidaridad implica un punto medio entre el acercamiento propio de la intimidad y la distancia que establece el rodeo. Y es en este equilibrio donde me parece que la mediación entre lo puramente institucional y lo puramente personal es la comunidad. La comunidad al igual que la posada es un lugar de mediación. En la comunidad el encuentro interpersonal, frágil y fugaz, puede encontrar el lugar de su permanencia, la posibilidad de la rea-

(4) Bernardo (Ozvera). *Seguendo a Jesús en María*, ed. S.M., p.591 y ss.

(5) Peter (Newson). *Signos de Vida*, ed. Colección Sauce, p.26

lización del amor paciente que cuida y vela por el otro, y de la purificación o liberación de las pasiones a que están atenuadas las relaciones humanas.

Por otro lado, es el rostro del otro el que en la comunidad sigue interpelando y es el amor de compasión el que establece esta dialéctica del amor representada por el samaritano y el hombre herido. Esta preocupación por el otro, hacerse pobre con el otro, hacerse camino el uno para el otro encuentra en la comunidad su máxima posibilidad. Vanier nos dice:

“Será una comunidad cuando comiencen a amarse unos a otros y a preocuparse por el crecimiento de cada uno”, y previene contra la objetividad y la abstracción:

“Aquél que ama la comunidad la destruye; el que ama a los hermanos es el que verdaderamente la construye”.⁷

Es muy profunda esta verdad de que el propio crecimiento y el camino al Padre pasa por el otro; solos no podemos crecer, no podemos caminar; los actos de voluntad son golpes a los molinos de viento, pues dejan de lado al corazón. Además el corazón para liberarse de los miedos debe sentirse amado para poder mostrarse en su pobreza, en su vulnerabilidad.

En la vida comunitaria se abre un espacio para que cada uno pueda ser aceptado tal cual es; es un lugar donde la unidad se establece en y gracias a la reconciliación, y donde se puede dar el “camino largo de la amistad” que espeja aquella casi póstuma voluntad del Hijo “para que sean uno, Padre, como Tú y Yo ...”

Este amor de amistad se edifica en la apertura de lo más íntimo, en la entrega de lo más frágil de nuestro ser, que se expone a ser rechazado en manos del otro o a ser salvado, elevado por el amor del amigo.

La amistad es la que hace de la comunidad un lugar de celebración. Aquí se celebra el agradecimiento por la existencia del otro. Esta solidaridad, que rara vez se toma en cuenta, es la solidaridad en el bien; aquella que es capaz de alegrarse por el bien del otro, por aquel don que la mirada de amor del amigo habilitó, como en una especie de invitación a que sea lo mejor de sí mismo, aquello que está llamado a ser. Esta solidaridad tiene un efecto purificador de tantos celos y rivalidades que, en general, no nos permiten entrar en la fiesta del hermano, al igual que el hijo mayor de la parábola. Sin embargo Jesús dice al Padre que quiere que seamos uno para que nuestro gozo sea completo.

Esta complacencia por el bien del otro, capaz de imitar la complacencia del Padre por el Hijo, toca nuestra paternidad y maternidad espiritual, capaz de engendrar en el otro su mejor bien por la generosidad que lo descubre en su mejor posibilidad, y por la confianza que este amor le deposita promoviéndolo, y celebrándolo en su camino.

(6) J. Vanier, *La Comunidad*, ed. Colección Sauce, p.31

(7) *idem.* p.31

5. Comunidad: alma de la institución:

Creo que la comunidad es el alma del orden institucional. Sin esta vida de amor, sin esta permanente liberación hasta las máximas posibilidades del amor, la institución se disecaría. Aquí se da la evangelización mutua en ese doble movimiento del que hablábamos, aquí es posible la encarnación del amor en un mismo espíritu que nos hace cuerpo de Cristo, donde el más pequeño, el pobre, el discapacitado, el que no tiene función social, ni edifica la historia, es tan importante como la cabeza que siempre necesita de los pies.

Creo que frente al tercer milenio y frente a la pregunta por la solidaridad, y para que ésta no sea una utopía o un mero sueño o esté teñida de anacronismo, es preciso pensar en la posibilidad de la vida comunitaria dentro de nuestras instituciones familiares, educativas, parroquiales, de beneficencia, donde la estructura esté permanentemente alentada, vivificada y moldeada por las exigencias del amor evangélico.

“La comunidad es el lugar donde aprendemos a amar y a ser artífices de la paz. Por ello es urgente que las comunidades crezcan, se desarrollen y profundicen, y que otras muchas comunidades más surjan y permanezcan”.⁹ Sólo podemos evangelizar si somos evangelizados por el pobre, que, al descubrir nuestra verdad, nos abre a la gratuidad de un Dios que hace maravillas en nosotros, y esta acción evangélica encuentra en la comunidad la posibilidad de su realización.

Hasta aquí hemos reflexionado acerca de estos dos términos: acción, evangélica. Esta deberá trabajarse en concreto en cada una de nuestras actividades específicas en que adoptará diferentes modalidades, pero esto no quita la universalidad a la que está llamada esta acción; y con esto ya estamos en el tercer término con que arrancamos nuestra reflexión: Acción, evangélica, universal.

III) ACCIÓN UNIVERSAL:

Volviendo a la parábola, ésta termina con un mandato:

“Ve tú y haz lo mismo”.

Con este mandato la parábola ha convertido la historia en un paradigma de la acción.

1. ¿Cómo hacerse prójimo de todos?

“Sería ilusorio querer transmutar todas las relaciones en el estilo de la comunión”¹⁰. El amor y la amistad son relaciones raras, que surgen en los intervalos de relaciones más abstractas.

Por otro lado, si este mandato se dirige a cada uno de nosotros, nos

(9) idem, p.42

(10) P. Ricoeur, idem s.p.40

invita a reflexionar. Quisiera que esta reflexión fuese una invitación a recordar la experiencia del encuentro fuerte, evangelizador en nuestra vida; aquél que nos abrió un nuevo centro de resonancia y a un nuevo amor de misericordia.

Creo que los que tenemos a la caridad como misión y tarea guardamos en nuestra memoria aquel encuentro fuerte, que cambió nuestro modo de caminar y de ser y nos hizo descubrir en ese acontecimiento el llamado de Cristo en el prójimo, llamado a la misericordia, y en cuya respuesta, el acontecimiento extraño y lejano, se convirtió en el acontecimiento-don, posibilitante de nuestra mutua evangelización.

Quizás lo que es acontecimiento, por lo inesperado y no deseado sea la irrupción violenta del Reino que necesita hacerse un lugar para que podamos escuchar su suave lenguaje que apenas balbucea desde el pobre, moribundo, enfermo, discapacitado...

Cuando nosotros tuvimos nuestra séptima hija, Sofía, la sorpresa de lo inesperado inició un nuevo camino en nosotros. En efecto, Sofía nació con Síndrome de Down y esto nos puso frente al misterio de la enfermedad, del sufrimiento.

El silencio que produce el misterio hizo que pudiéramos oír ese otro lenguaje que provenía de la realidad de Sofía. Así entendimos que Sofía tenía una misión, que era una persona especialmente amada por Dios y que su presencia entre nosotros era la presencia del pobre; **de aquel que está en el mundo pero que no pertenece al mundo**. Los criterios del mundo, aquellos que se rigen por la belleza, el éxito, la eficiencia, el poder, el status, no servían para conocer y amar a Sofía. Ella iba a permanecer indiferente toda su vida a estos criterios; su deseo era el de ser amada, aceptada y poder así amar con la alegría y la transparencia que la caracterizan. Así cayeron en nosotros tantos velos y prejuicios, para descubrirnos en Sofía, como en un espejo, como discapacitados. En efecto, Sofía nos descubrió las angustias y temores que sentíamos frente al futuro; el temor a no ser aceptados, amados; la íntima pobreza de no poder caminar solos; nuestra incapacidad para amar; la falsa seguridad que trae el conocimiento, junto con la ilusión de manejar el futuro. Sofía nos enseñó que no había un camino diseñado; que todos los días se lo iba dibujando por la creatividad del amor; que el futuro no se podía manipular y que solo la confianza en el Espíritu Santo nos podía llevar en esta aventura. Pero también nos enseñó que para confiar había que hacerse niños. Sí, Sofía nos evangelizó: "Si no os hacéis como niños no entraréis en el Reino de los Cielos". Esto nos exige fidelidad a esta gracia y esfuerzo.

Pero este encuentro amoroso, es un nuevo centro de resonancia donde es posible albergar, como en un seno, a todo marginado, a todo pobre.

Si el Pobre es Cristo, y a través del pobre nos abre las puertas del corazón, ahora ya con Él es posible que entren todos.

Desde este sufrimiento por el otro, vivido en las entrañas como propio, es posible que la caridad se haga universal, es posible que en cada uno que sufre esté presente todo otro que sufre, que al abrazar al pobre abracemos nuestra pobreza y en ella a todo un cuerpo sufriente; que, en el hacernos el otro en su pobreza, nos hagamos "un sí mismo como un otro".

Así el pobre se convierte en un camino de unidad, no sólo porque refleja nuestra semejanza, sino porque inicia en nosotros el camino de la caridad, de la solidaridad que es la que unifica los miembros de un mismo cuerpo.

Pero este abrazo universal desde este nuevo centro, quiere hacerse obra, realidad, en la posibilidad concreta de la cura y de la celebración integrándolo a un orden social, comunitario e institucional.

Por eso ahora nos preguntamos:

2. ¿Cómo es posible este tipo de universalidad dentro de lo institucional, sin caer en la abstracción y objetividad?

Es cierto que existe también otro tipo de universalidad, no ya desde el sujeto, sino desde las instituciones y es bueno que así sea. Sin embargo, hay que reconocer una tendencia en los organismos sociales a absorber y a agotar en su nivel toda la problemática de las relaciones humanas. Esta desmesura radica en lo que se apuntaba antes, es decir, en la objetividad y abstracción que impide el encuentro interpersonal. Aquí, la profundidad de las relaciones humanas solo aparece con el fracaso de esta pretensión de subsumir toda relación dentro de lo social. Hay como una realidad humana que no se puede revestir con lo social, algo residual con relación a la historia y a lo institucional y que misteriosamente está indicado por Jesús: "Siempre tendrán pobres entre ustedes"

La integración del pobre dentro del caminar mundano e histórico siempre será una tensión y un conflicto.

El pequeño es aquel que no tiene un papel conductor en la historia, que no es recuperado por los criterios del mundo y que quedará siempre como en la zanja, fuera del sentido de la historia.

Por otro lado será la interpelación continua a la modificación de las estructuras, y la invitación a la caridad en el gesto único y anónimo de la compasión. Así la compasión del samaritano posee una profundidad de sentido que la supera: el sentido escatológico. En este gesto representa todos aquellos encuentros que no responden a ningún criterio inmanente de la historia, que no pueden ser reconocidos en su significación, que son anónimos, ocultos a los ojos del mundo, gestos débilmente elaborados por la institución social y cuyo sentido será puesto de manifiesto el último día. La solidaridad oculta y silenciosa del encuentro personal y aquella otra dentro de las instituciones en el trabajo callado, rutinario, sin rostro (pienso en las instituciones de beneficencia, en los voluntarios que empaquetan, clasifican, envían

ropas y alimentos, etc.) que no conocen al destinatario, y pienso también en aquella oración silenciosa del contemplativo que intercede por los que obran y por los necesitados. Allí, en el último día, estos encuentros, estos gestos surgidos de la gratuidad de la mera compasión, serán descubiertos y recuperados en un sentido escatológico como la profecía ya lo indica: "Venid benditos de mi Padre porque tuve sed y me diste de beber, y tuve hambre y me diste de comer, y estuve enfermo y me visitaste... Entonces allí también será grande nuestra sorpresa pues al no haber esperado nada, al haber olvidado aquello que surgió del impulso del corazón, exclamaremos: ¡Cuándo Señor te di...!

Ocurre que este ser recogidos en la gratuidad de Dios, en su sentido escatológico-a-histórico llena de asombro y de gozo al que obró sólo por el tacto del corazón, rasgadas sus vestiduras racionales y razonables para dejarse traspasar, herir, por una condición humana que aparece en su verdad, en su precariedad esencial.

En el sentimiento de compasión por el pobre entramos en el misterio de la compasión de Dios por el hombre. Y es este amor por el que conocemos a Dios: "el que no ama no conoce a Dios".

3. La oración: Soledad y Solidaridad:

Esta realidad de la compasión de Dios sólo se vislumbra desde la soledad contemplativa, y así como la comunidad era el alma de la institución, la oración es el alma de la comunidad.

Si en el pobre lo reconozco a Cristo es porque en Cristo encontré a la humanidad; es su gesto primero solidario el que hace posible todo otro gesto; es el gesto de pobreza de un Dios que, recubriendo su gloria con nuestra carne, pasa como uno de nosotros, manifestando el amor de misericordia de Dios en esta obra de rescate de la zanja del pecado para entrar en el camino al Padre.

No se puede separar el aspecto teologal del aspecto moral; es decir el amor a Dios del amor a los hombres. En la soledad del encuentro con Cristo encontramos a todos los hombres, la unión con Él es al mismo tiempo comunión con los hombres.

"Sólo un corazón lleno de amor perfecto puede percibir la unidad de la condición humana"¹¹

En María, la llena del Amor Perfecto, Madre del Amor Hermoso, podemos contemplar este misterio de su Soledad y su Solidaridad.

En la travesía por el desierto, yendo a lo de su prima Isabel, María ya embarazada, está en íntima unión con su Hijo, y quizás durante esta travesía estuviera ella atravesada por el misterio que la embargaba de un Dios que, venido de lo Alto, oscurece su Gloria, su Divinidad, con la carne, con la

(11) H. Nowen, *idem* s.p.44

humanidad de quien es su Madre. Este gesto de pobreza la anonada en su nada de criatura, humillándola en la gratuidad Absoluta de un Dios. Contemplando la pobreza de su Hijo-Dios reconoce su íntima verdad y la verdad del Amor que la recubre y la penetra elevándola a su seno trinitario como hija, esposa y madre. Él, que baja a su seno, en la oscuridad de su tierra virgen la eleva al seno escondido y silencioso del Padre donde resuena la única Palabra verdadera: El Verbo .

Jesús, el Pobre por antonomasia, la evangeliza a María y la prepara para evangelizar. Este movimiento pascual, evangélico, litúrgico que la recorre como abajamiento y elevación, lo anuncia en el Magnificat: primera proclamación del evangelio a todos los hombres en el modo de un exultante canto que invita a la danza en la profusión de su alegría. El " Magnificat" es la primera proclamación de la Buena Nueva.

El "Sí" de María fue dicho por todos los hombres y en ella Cristo desposa a toda la humanidad.

Contemplando a María podemos aprender a contemplar a su Hijo, al Pobre, que en una máxima acción solidaria se conmovió y se acercó e hizo "de lo diferente", lo semejante: El se hizo hombre para que nosotros nos hiciéramos hijos de Dios.

Hizo "de lo lejano", lo más cercano: "ya no os llamo siervos sino amigos..."

Hizo "de lo extranjero" algo familiar: nos hizo hijos del Padre... Cristo, el Buen Samaritano nos invita a configurarnos con El a través de la acción del amor que todo lo reúne y lo hace familiar.